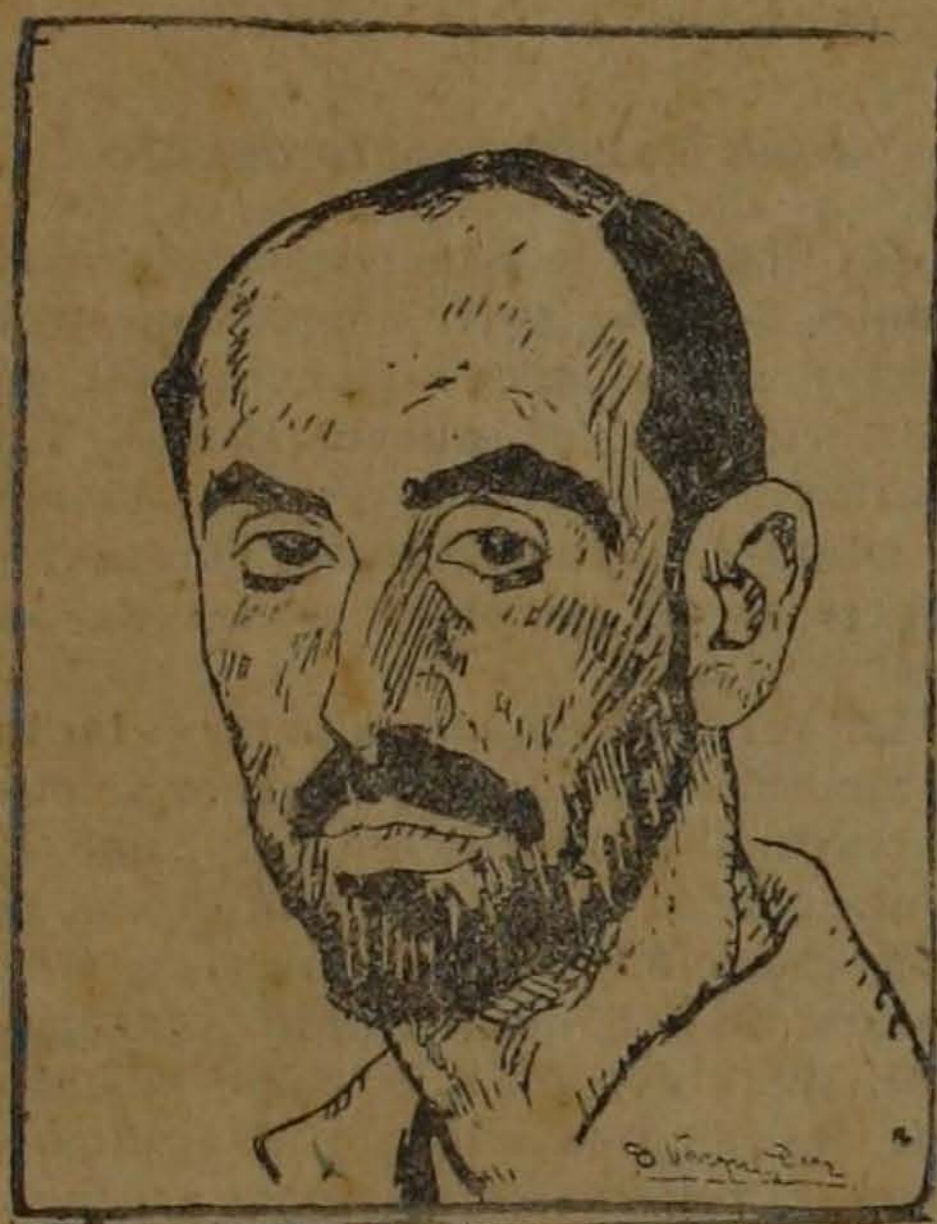


SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 26 DE MAYO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Retrato, por VÁZQUEZ DÍAZ).

Las antologías de Juan Ramón Jiménez

Nos le imaginamos después contemplando la obra con el gozo entremezclado de dolor en que se refleja la conciencia de lo conseguido, apaciguado ya el esfuerzo de la mente:

¡Con qué deleite, Obra,
te contengo en mi abrazo magistral,
aunque me hieres, implacable,
con tus mil puntas libres de oro y fuego!

Y este deleite trocado en amor temeroso, le hace seguir por mucho tiempo los pasos inciertos, como de criatura que se echa a andar, con que el verso camina, hasta que lo ve seguro de sí, hasta que puede exclamar, soltándolo:

¡No le toques ya más,
que así es la rosa!

Nos le imaginamos, por último, agrupando, relacionando entre sí, en series espirituales, las poesías que van naciendo destinadas a libros de que acaso sólo el título, menos caprichoso que pudiera creerse, puesto que abre una senda y es como el trazado de una calle a un lado y a otro de la cual han de alinearse los edificios futuros. Sabido es, y basta si no leer las listas de obras de Jiménez, que son más sus libros inéditos que los publicados, con no ser estos pocos.

Ahora vamos conociendo fragmentariamente los que aun no tienen licencia para andar en público. Las dos antologías (*Poetas escogidas*, 1917, impreso en Madrid a expensas de la Hispanic Society de Nueva York; y *Segunda Antología Poética*, de 1922, en la COLECCIÓN UNIVERSAL), reúnen libros de ayer con libros de mañana, en selecciones diversas que responden a momentos diversos del gusto del autor. ¿Y qué es, sino una antología de libros futuros, este nuevo libro llamado *Poesía (en verso)* que tiene representación de otros quince, escritos de 1917 a 1923, y que, a la hora en que esto se escribe, aun no está en los escaparates de los libreros?

Otra antología más, ésta no formada directamente por el autor, aunque sí

sobre las suyas, ha publicado no ha mucho en Méjico la colección *Cultura* con un prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Da más cernida la materia de las primeras colecciones, para acomodarse a las dimensiones usuales de la interesantísima biblioteca en que forma. Aun así, está cerca del centenar de poesías; pero la *Segunda Antología Poética*, la de la COLECCIÓN UNIVERSAL, numera 522. Así pues, plenitud, significa para Juan Ramón Jiménez no perfección y parquedad sino perfección en la abundancia.

Cómo es la rosa

DE alguna poesía de Juan Ramón hemos confrontado tres versiones: una en cierta revista donde primero salió a luz; otra en el libro de que forma parte; otra, por fin, en las antologías. De antología a antología no faltan retoques. La perfección no se logra de un golpe. La espontaneidad, condición suya, según expresa el poeta mismo, definiéndola como «la sencillez del espíritu cultivado», no es la cosecha de un momento, sino la suma de las espontaneidades sucesivas que surgen al considerar con ojos severos la forma de cada poesía.

Los versos de Jiménez, que hoy están en la memoria de todos los lectores de poesía, los de su primera época, a que se le quiere circunscribir, son versos escritos regularmente en estrofas que sólo tienen de personal lo más personal, el acento inconfundible del poeta. Los versos de ahora, libremente cortados, con el endecasílabo como guía, no «se pegan» tanto al oído. El título del nuevo volumen, *Poesía (en verso)*, hará sonreír a más de uno: a todo el que busque un arte poético más fuerte que el poeta mismo. Juan Ramón Jiménez, ya en su camino de libertad, supo hacer lo que más apartado de él parecía: fraguar sonetos en el clásico molde, como no los hizo ni en la indecisión de sus años primeros. Los *Sonetos espirituales* (1914-15) tienen con toda la economía estricta del

HA dicho Juan Ramón Jiménez en ciertas dilucidaciones que apostillan su *Segunda Antología Poética*, palabras que le definen muy bien: «¿Y por qué ha de ser más bella una vida holgazana y descompuesta que un vida plena y disciplinada?» Los amigos de Juan Ramón saben que lo más del día se lo entrega el poeta a la obra, en sus tres momentos de creación, depuración y ordenación.

Aquel momento primero no tiene hora suya, porque lo son todas. Nos imaginamos al poeta sintiendo de pronto un nuevo temblor, atisbando un matiz no descubierto, rozado por un soplo de alma que aun no logró expresarse:

¡Voz mía, canta, canta;
que mientras haya algo
que no hayas dicho tú,
tú nada has dicho!

Avidez de creación que vale tanto como avides de eternidad. Esta voz canta para no morir; pesa las posibilidades de no morir que le ofrece cada instante fugitivo:

¡Sí, para muy poco tiempo!
Mas, como cada minuto
puede ser mi eternidad,
¡qué poco tiempo más único!

soneto, la novedad de entonación, la riqueza que vierte en ellos el poeta, depurada por su despojo de atavíos inútiles; no es la fórmula con sorpresa reservada para el último verso, ni el engaste de la rima rara lo que les da valor. El sonetista huyó de esas sirtes e hizo sus sonetos de dentro a fuera, como en una porfía ennoblecedora. Luego volvió a su libertad, a su desnudez. Esta palabra, o sus adjetivos, vienen constantemente a la pluma de Juan Ramón; y en una poesía que va trazando su trayectoria poética, desde las ingenuas rimas, hoy olvidadas, que se imprimieron con tinta morada en *Almas de violeta* y la pugna entre una sencillez esencial y unas complicaciones postizas que dió por fruto las también olvidadas *Ninfeas*, impresas en tinta verde, hasta su exaltación del único rasgo, su destaque de la palabra precisa, su fidelidad al pensamiento puro que caracterizan la producción de ahora, nos ha dado la más cabal autobiografía poética que concretó jamás poeta alguno. Está en *Eternidades*, y la encontramos en las tres antologías:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes,
y la fuí odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
... Mas se fué desnudando.
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh! pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

He aquí, con la historia, la profesión de fe; he aquí también la razón de tantas correcciones, la justificación de todas las antologías con sus variantes en los versos, en las composiciones elegidas, en la colocación; se busca lo más genuino, lo más destacado, lo más perfecto:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

Juan Ramón quiere llegar al nombre de las cosas, al verdadero canto de Adán frente la naturaleza virgen, a la expresión, en palabras, de lo eterno.

Así es la rosa. El arte consiste en saber cuándo no hay que tocarla más. A veces, una confrontación nos desconcierta, no obstante. El retoque, lejos de añadir exactitud a una poesía, la esfuma, la cambia, en opinión nuestra. Pero quizá el poeta tiene razón y quien protesta en nosotros es la inercia del sentido poético, tan rutinario

como los sentidos corporales. Lo evidente y claro es el camino. Va en derecha a la sencillez; no importa que se deje al lector interpretar lo no expresado, sino sólo sugerido. La poesía no ha de ser, si es como aquí la vemos, más que despertadora de emociones intelectuales y cordiales. La rosa, para Juan Ramón Jiménez, no ha de tener más que sus cinco pétalos, pero en ellos ha de estar concentrado el aroma de todos los que desarrollaría el más atento cultivo.

Libertad y simetría

LAS cuestiones de forma, son, en poesía, tan esenciales, que, sin estudiarlas, no se puede llegar a conocer del todo a un poeta. Desde el principio ha tenido la poética dos vías: una más amplia, que no requiere agrupación de versos según normas fijas, y otra en que se repiten con mayor o menor exactitud ciertos esquemas desde el principio hasta el fin de una composición. En la poesía española el verso suelto, sin rima, la silva aconsonantada al arbitrio del versificador, y el romance, son la vía ancha. A su lado la estrofa marca un principio de sujeción que se hace inflexible en las composiciones llamadas de forma fija y particularmente en el soneto.

Como ejemplo de libertad puede servir la poesía de Jiménez que hemos transcrito; y ya antes indicamos que hoy su manera habitual tiene por base el endecasílabo.

Dos veces sólo se da en esa poesía el endecasílabo puro; mas adviértase que el verso predominante en ella es el que de ordinario, por tradición, se combina con el endecasílabo: el heptasílabo. Con el verso de once y el de siete, se combina el de nueve sílabas. Otras veces el verso menor y el más largo, el alexandrino (doble heptasílabo) varían indefinidamente la forma.

Coexistiendo con este flexible instrumento se ve en el nuevo libro—representativo en su totalidad de la manera que podemos llamar definitiva de Juan Ramón—una aplicación del principio de la simetría al ritmo para obtener, con mayor libertad, esquemas de estrofa nuevos, con los cuales logre lo que a menudo exige el canto. Junto a la amplitud del recitado aparece, pues, la estricta modulación del aria. Véase un ejemplo:

Al rededor de la copa
del árbol alto,
mis sueños están volando.
Son palomas, coronadas
de luces puras,
que, al volar, derraman música.
¡Cómo entran, cómo salen
del árbol solo!
¡Como me enredan en oro!

Distinta por el timbre, por el empleo

de la rima, de lo que está habitualmente admitido—desde Bécquer—en nuestra poesía, esta manera estrófica le da a Juan Ramón Jiménez su alada gracia, susceptible asimismo de indefinida variedad.

En cuanto a la rima, la consonante está casi desterrada. Los matices y esfumados que requiere esta poesía se logran mejor con la rima asonante. Y a veces ni con la asonante siquiera; todo es ritmo, ritmo equilibrado, de vuelo libre o sometido a una tenue ley simétrica.

Juan Ramón, poeta oscuro

LA libertad de esta poesía señala el punto de que parte, entre nuestros poetas, el más atrevido movimiento de liberación de los nuevos líricos. En sus revistas es acatado reverentemente el nombre de Juan Ramón, con preferencia al de los otros poetas de su tiempo.

Lo que les lleva más allá no es tanto la versificación, que en Jiménez vemos ya virtualmente por entero, como el sentido de la imagen y, sobre todo, la yuxtaposición de imágenes en una poesía. Se han desprendido, a propósito, del rigor para consigo mismos que les imponía a los poetas tradicionales, el respeto a los dogmas y a Juan Ramón Jiménez, y a otros de su tiempo y aun posteriores, la conciencia artística que condiciona la libertad a la exactitud.

No todos los poetas más jóvenes se han lanzado ciertamente, por sus caminos de libertad, en vista de que son los más fáciles. En primer lugar no es cierto que sean los más fáciles. Todos pueden enfilear palabras sin sentido y trazar renglones sin música que se ajuste a una tonada familiar a los oídos ociosos. Y aun la timidez que hoy substituye, en su acogida, a las burlas de antaño, puede engañar a la masa y hacerle respetar monstruos informes como si fuesen puras deidades, o confundir vaciados sin nervio con mármoles palpitantes.

La tacha de oscuridad que se pone a ciertos poetas quiere decir, casi siempre, falta de decisión para explorar el sentido de su poesía. Toda poesía nueva es oscura. Luis Barahona de Soto, por 1590, no entendía en Góngora vocablos como estos:

Esplendores, celajes, riguroso,
salvaje, llama, líquido, candores...

que hoy andan en labios de la gente del pueblo, sin asomo de afectación.

Se dirá que toda poesía ha de ser evidente. Lo tendrá que ser la poesía narrativa, lo fué siempre sin duda, la epopeya. La lírica, que expresa sentimientos íntimos, que responde a

los movimientos más recónditos, a las intuiciones más leves, puede ser en algunos momentos, oscura. Los que temen a la oscuridad en poesía no suelen poner gran atención en la que tienen por poesía clara. De diez veces que se pida a un oyente de mediana atención cuenta de unos versos que ha oído, las nueve no sabrá darla bien cumplida, como no sea un trozo narrativo. Toda poesía no es, pues, evidente. Más bien cabría decir que toda poesía es oscura.

La oscuridad que se atribuye a la de Juan Ramón Jiménez viene de su concentración misma. Pero esa misma oscuridad es luz en cuanto se sitúa a la poesía en su atmósfera. Lejos de condicionar la visión al detalle, como los parnasianos, ilumina un rincón

del alma para que cada cual vea dentro de sí.

Las antologías de Juan Ramón Jiménez no van, por cierto, de la luz a la sombra. Van de la sencillez juvenil que capta un matiz sólo de una emoción, a la sencillez madura que recoge en un breve como una densísima esencia. En ellas hay un elemento que, efectivamente, desconcierta al lector no prevenido y contribuye a la sensación de oscuridad: la maraña, al parecer, de títulos, de números, de paréntesis; la ortografía caprichosa de ciertas palabras. Pero este es el Juan Ramón adjetivo, el marco oscuro de la poesía que puede encuadrar el más luminoso paisaje del espíritu.

E. DÍEZ-CANEDO.

(*La Nación*, Buenos Aires).

2) Polémica

Aclaración innecesaria

(Véase el número 8 del tomo en curso)

NUNCA pude presumir que las inofensivas «divagaciones» de un mi amigo, con quien hago oficio de amanuense y tal vez comentarista para este periódico, pudieran resultar ofensivas hasta el punto de provocar nada menos que una *Defensa de los Estados Unidos*. El paladín espontáneo de este país mamut contra los ataques hipotéticos de mi amigo es el súbdito norteamericano Mr. Waldo Frank, escritor penetrante y muy personal, a quien sinceramente admiro.

Como Mr. Frank se dirige a mí, asumo el grato deber de la réplica, no sólo por imperativo de cortesía y hospitalidad, sino también en atención a mis lectores habituales, pues cuando una inteligencia tan clara como la de Mr. Frank no acertó a entender con exactitud, débese, sin duda, a deficiencia mía en los medios de expresión, ya que no pertenezco a la escuela expresivista, en la cual se concentra, después de todo, la esencia del gran arte, según las últimas y fidedignas noticias confidenciales de Calatayud y Fez.

Yo mismo me sorprendo y sonrío de verme en este trance, como requerido a excusar el supuesto ataque a un pueblo al cual por razones intelectuales respeto y por motivos sentimentales amo.

Mr. Frank, al sentirse movido a impugnar mis dos folletos titulados *La libertad económica*, ignoraba la publicación de otro anterior, con ellos estrechamente ligado, *Un viaje con*

Mentor. Repito ahora algo de lo que en este folletón se dice:

«Figuremonos hacer un viaje imaginario a los Estados Unidos. Al embarcarnos en la nave ideal de la imaginación, no nos lanzamos a la conquista de la libertad física, sino de la libertad de pensamiento. Vamos a los Estados Unidos, en busca de nuestra actualidad íntima. Caigamos en los Estados Unidos a fin de conocer algo de España». Pienso que estos conceptos reiterados son bastante expresivos. Se trataba, meramente, de tomar los Estados Unidos, en una y la más aparente de sus facetas, como pretexto, estribo, punto de arranque, en el propósito de discurrir acerca de España. No era mi intención desentrañar la complejidad intrínseca de esa gran nación, ni mucho menos dictar fallo sumario. En España nos hallamos en los preámbulos de un nuevo régimen. Se supone, de buena fe, que toda la novedad ha de consistir señaladamente en que ciertos inéditos hombres honrados vengán a ocupar los mismos puestos que antes detentaban unos políticos inmorales. Yo discrepo de este criterio. El principal pecado que se les achaca a los políticos derrocados es el de inmoralidad. Yo pienso que pecaban de estupidez, y más aún, aversión a la inteligencia. Tengo para mí que lo que teóricamente, en España y fuera de ella, se llama régimen político, no es sino la película externa del régimen social, y a éste obedece como la epidermis al músculo

(imagen de que me vengo sirviendo hace años). Reputar como la inmoralidad por excelencia la laxitud económica es aberración ética en que fatalmente incurre un régimen social donde, ante todo, los valores humanos se estiman, o aprecian, por su precio o rendimiento en dinero. (En mi sentir, la ética se cifra radicalmente en lo vital perdurable, que no en lo convencional transitorio. Un hombre poco escrupuloso en materia de convenciones económicas puede ser un hermoso ejemplar ético y biológico; fuerte, progresivo, inteligente, bravo, veraz, generoso, amante, fiel a su compañera, buen educador de la prole. Por el contrario, un hombre dúctil y sometido a las convenciones económicas puede ser regresivo, artero, estulto, hipócrita, frío de corazón, adúltero profesional, padre indiferente. Y sin embargo, al primero se le califica de canalla; el segundo pasa por caballero muy moral. En lo político, considero como la menos grave la inmoralidad de orden económico). Dondequiera que impere aquel régimen, se ofrecerá la frecuencia de este tipo de inmoralidad. Y cuanto más desarrollado tal régimen, más numerosas y de mayor cuantía las inmoralidades económicas. Yo, por mi parte, no recuerdo en España inmoralidades político-económicas de la magnitud de otras tales perpetradas en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, que hubieron de ocasionar escándalo en todo el mundo. La inmoralidad económica es el corolario inevitable de la libertad económica; no vicio de un régimen político determinado, sino determinismo de un régimen social, el régimen capitalista. Y con esta opinión (sobremana falible y quizás poco expresionista) cerraba yo mis folletos sobre la libertad económica.

España tiene algo de común con el resto de los países cultos. En casi todos los países cultos de la tierra domina hoy, en diferentes estadios de evolución, el régimen capitalista. El derecho positivo y la fuerza activa del Estado son ministriles suyos, ¿Por qué me he fijado, como dechado y paradigma, en los Estados Unidos, antes que otra gran nación más próxima? Primero, precisamente por eso, por preferencia de perspectiva. La lontananza simplifica la realidad hasta un sobrio perfil sintético. Luego, porque por consenso, que yo creía unánime, está admitida la noción de que en los Estados Unidos el régimen capitalista ha obtenido mayor plenitud y dado de sí frutos más característicos que en parte alguna, y por lo tanto allí los principios y las consecuencias de la libertad económica se dibujan en un esquema de rasgos más obvios, más netos. Y a esto se refiere, a lo

económico, la simplicidad espectacular de los Estados Unidos, que creyó percibir ese desdichado de Wells y que yo aturdidamente reproduje. Traducido en frase corriente: los Estados Unidos son el país más rico y donde viven los más ricos. Acaso éste es un error vulgar. Toda manera de libertad individual sin tasa ni frontera redundada a la postre en una especie de tiranía o señorío de los menos sobre los más; un feudalismo. Los siglos medios padecieron un feudalismo, el de la fuerza física, que hoy nos pasma. Pues bien: los *trusts* norteamericanos ¿no son la forma moderna del feudalismo económico? Me complazco en fantasear que, a la vuelta de siglos, los hombres se maravillarán asimismo del feudalismo actual. Tan absurdo parece que un hombre sojuzgue a los otros por fuerza y astucia mayores, enteramente desenfrenadas, como que los sojuzgue por su ilimitada capacidad adquisitiva; tan perturbadora la fuerza física sin coto, como la fuerza económica dueña de su albedrío.

He dicho, en interrogante, que los *trusts* norteamericanos son la forma moderna del feudalismo económico. Hubo épocas históricas en que se pudo hablar de algo con certidumbre. Hoy no. Todo está en entredicho, sujeto a contradicción y mentís. Como no soy amigo de perder el tiempo en discusiones desagradables y ociosas, debo advertir que si bien yo tenía al sistema de *trusts* como prueba admirable de la inventiva económica y el genio de organización norteamericanos, estoy presto a admitir que me equivoqué, y que no constituyen semejante feudalismo ni se originaron y prosperaron en los Estados Unidos.

Desea Mr. Frank «que el presuntuoso (?) lugar común de que Norteamérica es el país del dólar, el país del materialismo, el país de los negocios y nada más, se guarde solícitamente en alcanfor».

Inocente estoy de haber imputado a los Estados Unidos la tacha de materialismo, o de haber sustentado que es el país de los negocios, y nada más. De sobra sé cuántas más realidades del espíritu, elevadas y exquisitas, hay en aquella tierra. Ahora que de esas otras cosas no tenía para qué hablar (alguna he insinuado y apuntado), por no ser congruentes con mi tema⁽¹⁾. Aparte de que mi imaginario viaje no había llegado al cabo todavía.

En cuanto a lo del lugar común

(1) En toda coyuntura adecuada he mentado excelencias de los Estados Unidos. En una ocasión, glorificando palabras de un ilustre escritor hispano acerca de aquel país, escribí: «Como el filósofo griego averiguó por vez primera la altura de las pirámides egipcias midiendo su sombra, así se puede computar la eminencia de los Estados Unidos por sus grandiosos defectos». Añado con San Agustín, que sólo los grandes espíritus son susceptibles de grandes pecados.

presuntuoso, no hay que olvidar quién fué el padre de él. La paternidad legítima le corresponde a un gran escritor norteamericano, Washington Irving, que en su libro *The Creole Village* estampa la célebre frase «The Almighty Dollar, that great objet of universal devotion throughout our land», el Omnipotente Dólar, ese objeto de universal devoción a través de todo nuestro país.

Mr. Frank me echa en cara haber tomado como Mentor a un literato tan vano y superficial como Wells, a quien sigo demasiado dócilmente. Esto último es verdad; pero me atrevo a cambiar el adverbio de modo por otro más preciso, fielmente, según es elemental en la recesión de un libro ajeno, que no otra cosa eran mis folletones, de donde tomé pie (como más arriba

he explicado) para ciertos comentarios marginales, mirando a España, que no a los Estados Unidos, y ciertos escolios finales, a que la justa impaciencia de Mr. Frank no le ha consentido aguardar. No quise hablar siempre por propia cuenta, porque quizás entonces mis comentarios fueran escuchados más distraídamente. Erré, acaso, en no haber utilizado para Mentor un escritor norteamericano, el propio Mr. Frank por ejemplo. Y en tal caso, Mr. Frank me hubiera proporcionado idénticos juicios y pareceres que los de Wells, sólo que (lícito es en un nacional, hablando de su nación) expresados en un lenguaje más crudo y acerbo.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(El Sol, Madrid).

Experimento pedagógico notable

Recomendamos la lectura de este artículo a los maestros que no entienden todavía los *Asuntos y Proyectos* que piden los Programas de Educación Primaria en vigencia.

LA escuela del tipo ordinario—dice Guillermo H. Kilpatrick, profesor de la Universidad de Columbia—enseña algunas *materias*, como la ortografía, la geografía o la aritmética. En sus aspiraciones pueden incluirse la formación del civismo o del carácter, pero sus fines positivos son los del conocimiento y las habilidades comprendidas en las enseñanzas escolares típicas. Para realizar este designio, la escuela señala lecciones desarrolladas de un modo típico en los libros. Los niños estudian las lecciones y las dan después. El éxito depende técnicamente de la capacidad para contestar a ciertas pruebas y éstas, de algún tiempo a esta parte, se van convirtiendo en pruebas modelo mediante procedimientos científicos».

«El profesor Collings»—continúa G. Kilpatrick—«ha trabajado de acuerdo con un plan muy diferente. Collings no enseña *materias*, en el sentido que comunmente se les da. El fin positivo de su escuela no es el saber convencional o las habilidades, sino el mejoramiento de la vida de sus discípulos. Su punto de partida es, por consiguiente, la vida actual de sus alumnos de ambos sexos, con todos sus intereses y deseos, buenos o malos».

La filosofía pedagógica del profesor Collings puede resumirse así: 1º, a fin de que la escuela desempeñe bien su cometido, *los niños deben proponerse lo que hacen*; 2º, *la enseñanza de verdad nunca está aislada*, porque en adi-

ción al asunto que se enseña, hay siempre en simultánea operación muchas enseñanzas concomitantes; 3º, en la escuela tradicional, las actividades escolares se subordinan de un modo intencional a cierta materia escogida de antemano. La escuela de Collings invierte este proceso. Primero se escoge la actividad, se subordinan a ésta la enseñanza y los asuntos; y 4º, *el plan de estudios se reduce a una serie de experiencias relacionadas de tal modo que lo aprendido en unas sirve para elevar y enriquecer las experiencias subsiguientes*.

La idea del experimento realizado por Collings se debe al buen sentido de un maestro. Siendo aquél alumno del séptimo grado de una escuela rural, llegó, como otros muchos niños, a la conclusión de que la educación era absolutamente inútil, y con esta persuasión abandonó la escuela. El año siguiente las autoridades escolares emplearon, por mero accidente, a un nuevo maestro, conocedor de los intereses de los niños. Dicho maestro comenzó por instalar en la escuelita un laboratorio y un taller y emprendió toda clase de experimentos en agricultura y trabajos de madera y de tejido. Visitando un día la escuelita, el joven Collings observó el nuevo tipo de trabajo escolar y decidió matricularse en ella nuevamente. El resultado fué que Collings y seis de sus condiscípulos entraron en la escuela secundaria el siguiente mes de setiembre, y que algunos de ellos están hoy llevando a cabo un trabajo eficaz como maestros, agricultores, etc.

Esta experiencia de estudiante sugirió a Collings el notable experimento que se describe a continuación:

Las escuelas escogidas para la experimentación didáctica se hallaban en el condado de McDonald, Missouri. Una de ellas, que Collings llama *escuela experimental*, tenía 41 niños y niñas, de 6 a 15 años. Las otras dos, conocidas por *escuelas de control*, tenían una 29 y otra 31 niños y niñas de 6 a 18 años y estaban situadas a poca distancia de la escuela experimental. Una y otras trabajaron ocho meses durante cada año escolar. Los maestros de las tres escuelas tenían igual experiencia y preparación profesional. Todos habían estudiado cuatro años en una *high school* y además dos años en una escuela normal o en la universidad.

El plan de estudios de las escuelas de control era el corriente y tradicional: una serie de asuntos que los alumnos habían de aprenderse. El de la escuela experimental era absolutamente diferente. Su contenido era una selección de designios o propósitos de los alumnos o alumnas de la escuela. En ella no se utilizaban los cursos de estudios vigentes, por tratarse de un experimento de formación de un plan de designios o propósitos. Collings, que era entonces superintendente de escuelas del condado, inspeccionó durante 24 horas cada mes la escuela experimental y durante 6 horas cada una de las escuelas de control.

El plan de estudios de la escuela experimental estaba dividido en cuatro clases de proyecto⁽¹⁾, a saber: proyectos de *juego*, de *excursión*, de *cuentos* y de *mano*. Los proyectos de juego son aquellas experiencias en que el designio es una actividad colectiva, v. gr., un juego deportivo, una danza popular, una dramatización o un acto social. Los proyectos de excursión comprenden estudios intencionales en relación con el medio o las actividades de las gentes. En los proyectos de cuentos quedan incluidos los goces que proporciona una narración en sus distintas formas: oral, cantada, pintada, fonografiada, etc., y, últimamente, los proyectos de *mano* representan empeños para expresar ideas en forma concreta, por ejemplo: hacer una trampa para cazar conejos.

Esta clasificación de los proyectos está basada en consideraciones prácticas. En primer lugar, indica la índole de actividades a que, por regla general, se entregan los niños. En segundo lugar los proyectos que se valen de análogas actividades se agrupan bajo unos mismos encabezamientos y esta agrupación permite al maestro reali-

zar dichos proyectos mediante los procedimientos más eficaces y apropiados. Ultimamente la clasificación facilita la obra de la administración escolar, haciendo que los niños trabajen simultáneamente. Como ejemplos típicos de los proyectos ideados y ejecutados en la escuela experimental pueden citarse los siguientes:

1. *¿Cuáles son las causas de la fiebre tifoidea que se ha presentado en casa del señor Smith?*

Proyectos asociados: I. ¿Es la tifoidea la enfermedad más común en nuestra localidad?; y II. ¿Cómo puede el señor Smith combatir las moscas en su casa?

2. *Fabricación de una tabla para planchar.*

Proyectos asociados: I. Explicación de una plancha eléctrica; y II. ¿Cuál es el precio de las tablas para planchar del señor Williams?

3. *Preparación del chocolate para la merienda.*

Proyectos asociados: I. ¿Cómo se fabrica el chocolate?; II. ¿Dónde y cómo crece el árbol del cacao?; III. El árbol del cacao (láminas esteográficas); IV. Pedir muestras de cacao a Walter Brown y Cía., de Boston.

4. *La feria escolar.* Exhibiciones. Oradores. Fecha. Jueces y premios. Comida. Demostraciones.

El experimento de Collings duró cuatro años, desde principios de 1917 hasta la primera semana de setiembre de 1921. Antes de comenzar el curso de 1917, los niños de las escuelas elegidas fueron sometidos a un examen cuidadoso que versó sobre la lectura, la escritura, la ortografía y la aritmética. Estos exámenes se hicieron con arreglo a las pruebas modelo (*standard tests*) de Thorndike (escala para medición de la escritura y escala Alfa para la lectura), de Ayres (escala para la medición de la ortografía) y de Courtis (pruebas para las cuatro operaciones fundamentales). En setiembre de 1921, al terminar los experimentos, se hizo un nuevo examen de los niños, con arreglo a las escalas métricas de la lectura, de Thorndike y Haggerty; de historia de los Estados Unidos, por Van Wageneu; de composición, por Hillegas; de aritmética, por Woody y Collings; de ortografía, por Starch; de geografía, por Hahn-Lackey, y de escritura, por Thorndike. También se midió la inteligencia de los niños, a quienes se aplicaron la Escala Nacional A y la de Haggerty, Delta 1.

El resultado de estas mediciones no puede ser más instructivo. Los ade-

lantos medios realizados por los niños de la escuela experimental fueron superiores en un 38.1% a los de los alumnos de las escuelas de control y en un 10.1% a las medidas que componen los llamados tipos nacionales (*National Standards*). En todos los estudios, los alumnos que habían trabajado con arreglo al plan o cursos de proyectos, superaron a los otros, que se habían ajustado al plan tradicional. Pero es más, la escuela experimental creó en los niños y en sus padres actitudes mentales sumamente favorables a su educación. Estas actitudes comprenden la inscripción en la escuela, la asistencia regular, el castigo, la tardanza en llegar a la escuela, las escapadas de la misma, etc. Y en este particular, el plan o cursos de proyectos demostró asimismo su superioridad al plan de materias o conocimientos. Así, v. gr., la asistencia de los niños de la escuela experimental mejoró en un 93.1%; la de los alumnos de las escuelas de control en un 5.9%. El plan tradicional tendrá desde ahora un competidor terrible en el de proyectos. Y, como dijo Víctor Hugo, *esto vencerá a aquello*.

(Tomado *El Monitor de Educación Común*, Buenos Aires).

Flor marchita

Para M.

¡Pobre flor marchita que tus manos cariñosas me entregaron en momento cordial! Aquí está, dentro de un libro, señalando una página de amor que en lejano día leímos juntos... ¡También tu recuerdo ahora es una flor marchita, señalando una página de amor —la más linda— que escribiste en el libro de mi vida!

La luz de la luna llega a mí. Entra a través de una enredadera. Sus rayos parecen hilos de plata que quieren aprisionarme. La luz de la luna es luz de melancolía: entristece y encanta. Tiene el poder de despertar infinitas ternuras... Luna de mis recuerdos, a través de tus rayos, mi pensamiento emprende el vuelo y llega triste y solo, allá a una playa lejana, en donde la espuma del mar en estas noches blancas, forma encajes plateados...

LII.

1920.



(1) Por proyecto, según la definición del profesor Kilpatrick, se entiende «un acto o experiencia completa que el agente proyecta, propone y, dentro de ciertos límites lleva a su terminación». Stevenson define el proyecto, diciendo que es «un acto problemático llevado a término en su ambiente natural».

1) Página lírica

de Juan Ramón Jiménez

AZUCENA Y SOL

Nada me importa sufrir,
con tal de que tú suspires,
por tu imposible yo,
tú por mi imposible.

Nada me importa morir,
si tú te mantienes libre,
por tu imposible yo,
tú por mi imposible.

¡ADIÓS!

Primero, ¡con qué fuerza
las manos verdaderas!

—La verja se ha cerrado.
Se cruzan solitarios
el corazón y el campo—.

¡Con qué porfía, luego,
las manos del recuerdo!

PENAS BLANCAS

EL

Ha querido la luna
—¡esa luna de llantos!—
acercarse a la tierra.

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
ha querido la luna
acercarse a la tierra?—

¡Tanta flor!—¡tanto nardo,
tanta clara azucena!—
llena el valle del mundo
de blancura y de esencia!

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
tanta flor llena el mundo
de blancura y de esencia?—

¡Para qué, aquella tarde,
enlutada de blanco,
entre risas y lágrimas,
me besaste en la tierra?

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
entre risas y lágrimas,
me besaste en la tierra?—

ELLA

¡Qué sé yo... ¡Para darte tristeza!

ADOLESCENCIA

En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

—El paisaje soñoliento

dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño—.

Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.

—Caían las hojas muertas,
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos—.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

ARIAS TRISTES

1

Río de cristal, dormido
y encantado; dulce valle,
dulces riberas de álamos
blancos y de verdes sauces.

—El valle tiene un ensueño
y un corazón: sueña y sabe
dar con su sueño un son lánguido
de flautas y de cantares—.

Río encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos caídos,
besan los claros cristales.

Y el cielo es plácido y blando,
un cielo bajo y flotante,
que con su bruma de plata
acaricia ondas y árboles.

—Mi corazón ha soñado
con la ribera y el valle,
y ha llegado hasta la orilla
serena, para embarcarse;
pero, al pasar por la senda,
lloró de amor, con un aire
viejo que estaba cantando
no sé quién, por otro valle—.

3

El pastor, lánguidamente,
con la cayada en los hombros,
mira, cantando, los pinos
del horizonte brumoso;
y el rebaño soñoliento
levanta nubes de polvo,
y llora con sus esquilas,
bajo la luna de oro.

La aldea del valle está
quieta en humo blanco. Todo
lo que era alegre al sol, sueña
no sé qué amores llorosos.

Ya no se ve el río oscuro,
perdido en sí mismo. Solo,
en la ciega paz inmensa,
se siente que tiene fondo.

Flota el humo blanco. El valle

se queda más solo y lóbrego.
Las esquilas lloran más,
bajo la luna de oro.

13

He venido por la senda,
con un ramito de rosas
del campo.

Tras la montaña,
nacía la luna roja;
la suave brisa del río
daba fresca a la sombra;
un sapo triste cantaba
en su flauta melodiosa;
sobre la colina había
una estrella melancólica...

He venido por la senda,
con un ramito de rosas.

14

Todo el campo estaba lleno
de humo blanco. La cabaña
tenía a su puerta fiesta
de tamboriles y flautas.

La luna grana nacía
sobre la ermita. Las cabras
iban, bajo las estrellas,
a las vecinas majadas;
y por los caminos, verdes
de luciérnagas, lloraban
sus esquilas, como si
llevasen dentro mis lágrimas.

Yo nunca había subido
a la colina; y mi alma,
lánguida al son, triste a ella,
de tamboriles y flautas
—en el campo soñoliento,
eternamente sonaban,
muy lejos, sin extinguirse,
las esquilas de las cabras—,
lánguida, ansiosa de huir,
entre la dulce añoranza
—estrellas, música, luna—
de la campiña aldeana;
se fué, dentro de mi cuerpo,
y subió. Y a una luz plácida,
vió que al otro lado había
un valle verde y con agua.

JARDINES LEJANOS

2

Bajo al jardín. ¡Son mujeres!
¡Espera, espera! ...Mi amor
coje un brazo. ¡Ven! ¿Quién eres?
¡Y miro que es una flor!

¡Por la fuente; sí, son ellas!
¡Espera, espera, mujer!
...Cojo el agua. ¡Son estrellas,
que no se pueden cojer!

7

—No era nadie. El agua. —¿Nadie?
¿Que no es nadie el agua? —No
hay nadie. Es la flor. —¿No hay nadie?
Pero, ¿no es nadie la flor?

—No hay nadie. Era el viento. —¿Nadie?
—¿No es el viento nadie? —No

hay nadie. Ilusión. —¿No hay nadie?
¿Y no es nadie la ilusión?

9

Tú me mirarás llorando
— será el tiempo de las flores—,
tú me mirarás llorando,
y yo te diré: No llores.

Mi corazón, lentamente,
se irá durmiendo... Tu mano
acariciará la frente
sudorosa de tu hermano...

Tú me mirarás sufriendo,
yo solo tendré tu pena;
tú me mirarás sufriendo,
tú, hermana, que eres tan buena.

Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
Y yo miraré hacia el suelo.
Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
Y yo miraré hacia el cielo.

Y yo me sonreiré,
—y tú estarás asustada—,
y yo me sonreiré
para decirte: No es nada...

PASTORALES

8

(...Anda el agua de alborada...

ROMANCE POPULAR)

Doraba la luna el río
—¡fresco de la madrugada!—
Por el mar venían olas
teñidas de luz de alba.

El campo débil y triste
se iba alumbrando. Quedaba
el canto roto de un grillo,
la queja oscura de un agua.

Huía el viento a su gruta,
el horror a su cabaña;
en el verde de los pinos,
se iban abriendo las alas.

Las estrellas se morían,
se rosaba la montaña;
allá en el pozo del huerto,
la golondrina cantaba.

12

Es el pueblo. Por encima
de los oscuros tejados,
verde, lloroso de grillos
y de esquilas, está el campo.

Es la hora del murciélago,
cuando el ángel toca el ángelus,
cuando vuelve el cavador,
con el azadón, cantando.

—Y es el grito de los niños,
y es el mujir del establo,
y es el tibio olor a hogar,
y el humo celeste y blanco.—

Y es la gran luna de oro,
que, en los pinares lejanos,
tiñe cristalinamente
el abandono fantástico.

OLVIDANZAS

CREPÚSCULO

El poniente me invade con sus flores
de oro, mientras, largo y lento, canta

el ruiseñor de todos mis amores,
ahogándose casi en mi garganta.

Al ver este oro entre el pinar sombrío,
me he acordado de mí tan dulcemente,
que era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente.

¡Oh dulzura de oro! ¡Campo verde,
corazón con esquilas, humo en calma!
No hay en la vida nada que recuerde
estos dulces ocasos de mi alma.

7

Sólo el olor de unas flores...
Hoy, al sol dorado y tibio,
mi jardín está llorando,
mi casa está de suspiros.

... Las flores huelen a ella;
son de un rosa triste y frívolo,
como aquel rosa con grises,
de su cuerpo florecido.

—¡Rosa triste, triste ahora,
alegre ayer, cuando el frío
no era de aquí, cuando el sol
doró el oro del idilio!—

Ayer... fué su cuerpo rosa,
y mío, y rosa, vestido
de seda blanca, por toda
la casa... Después...

¡Dios mío,
solo el olor de unas flores!...
este olor que va conmigo,
que huele a ella y no es ella,
que es mudo, que está sombrío...

—¡Y cómo huelen las flores,
cuando una mujer se ha ido,
cuando todo=alma, jardín,
casa=se queda vacío!...—

(Del tomo *Segunda Antología Poética*, (1898-1918). COLECCIÓN UNIVERSAL, Madrid, 1922).

La vida de las plantas

El churrystate cultivado

No hay sin duda en Costa Rica persona que no conozca el churrystate (*Gen-Ipomea*), que es un bejuquito que trepa con insistencia a las hierbas, arbustos o árboles que se ponen a su alcance; la flor es una campánula de color lila, parece rosado a veces, como la del camote.

Es una plaga de los campos y aunque se corte o arranque brota de nuevo; la raíz es delgada, parece una cuerda por lo resistente y se hace difícil extraerla porque profundiza mucho.

Tiene esta hierba la propiedad de reproducirse por nudo; es un buen forraje apetecido por las vacas, sobre todo, a las cuales les aumenta la leche.

Dejemos firme la idea: el churrystate es una mala hierba.

Dijimos al hablar de las malas hierbas que sometidas a ciertas condiciones se pueden transformar en plantas que rindan algún provecho y que todas las cultivadas de hoy fueron en su origen malas hierbas.

Sometimos el churrystate a cierto cultivo que consistió en hacerlo crecer o dejarlo crecer, mejor dicho en unos lomillos suaves sembrados de espárrago.

Presumíamos que así como el camote (*Ipomea batatas*) produce abultamientos comestibles en la raíz, el churrystate debería producirlos y nos indujo a creer tal cosa el hecho, conocido de los agricultores, de que el camote en malas condiciones no produce nada.

Si se deja a los bejuocos ir prendiendo o produciendo raíz en todos los

nudos, el resultado de la cosecha es malo.

Ahora sabemos ya que el churrystate cultivado engruesa las raíces; algunas son como el dedo índice de un muchacho. Sabemos, además, que el churrystate en malas condiciones no da raíz gruesa.

Tomamos unas raíces, las lavamos y molimos y el resultado fué almidón.

Nos resultó algo oscuro porque no raspamos la raíz.

Repetimos la operación con 6 onzas de raíz que fué lavada y raspada previamente y después de molida, nos dió 1½ onzas de almidón blanco fino, que produjo goma muy buena.

Y queda aquí relatado, en esa forma, el resultado primero obtenido personalmente en la conquista de una hierba para ponerla al servicio del hombre.

Ahora iniciamos la selección y esperamos dentro de poco tiempo (calculo 5 años), haber llegado obtener raíces de churrystate gruesas como yucas y como ellas, ricas en almidón.

Y está prácticamente probada una de nuestras hipótesis.

JUAN J. CARAZO



Los derechos del niño

EN 1920 se fundó en Ginebra una de las Asociaciones más bellas, nobles y humanitarias de cuantas el espíritu generoso de los hombres pudo imaginar. Nos referimos a la Unión Internacional de Socorros a los Niños, creada para proteger, amparar y cuidar la puericia de todos los países, de todas las razas, de todas las creencias. Donde haya un niño pobre, huérfano, desvalido, hambriento, menesteroso, allí quiere llegar con su acción tuitiva, y paternal esta admirable institución.

Cuenta hoy con más de cincuenta Comités afiliados, que se esparcen por Europa principalmente, existiendo algunos en Asia, y casi todos bajo la dirección de otro organismo de tan alto espíritu y de fines tan admirables como son los de la Cruz Roja.

Para que los lectores formen idea del rango y estirpe social de los más altos protectores de esta admirable institución, vamos a dar los nombres de sus miembros, de los que forman el Comité de honor: Gustavo Ador, presidente del Comité internacional de la Cruz Roja; Haim Bejarano, «locum tenens» del Gran Rabinato de Turquía; el cardenal Bourne, arzobispo de Westminster; Hjalmar Branting, ex-presidente del Consejo de ministros de Suecia; el arzobispo de Cantorbery, lord Robert Cecil; el príncipe y la princesa Carlos de Suecia; el senador Giovanni Ciruolo, presidente de la Cruz Roja de Italia; el cardenal Csernoch, primado de Hungría; Earl Curzon, Damianos, patriarca de la Iglesia griega; el cardenal Dubois, arzobispo de París; el príncipe Enrique de Holanda; Luigi Maglione, nuncio apostólico en Suiza; Máximo, exarca de la Iglesia búlgara; el cardenal Mercier, primado de Bélgica; Botta, antiguo presidente de la Confederación helvética; Nansen; el arzobispo de Viena, cardenal Piffe; el doctor Roux, director del Instituto Pasteur; el cardenal Schulte, arzobispo de Colonia; Smillie, presidente de la Federación de los mineros de la Gran Bretaña; el general Smits, primer ministro de la Unión del Africa del Sur; Soederbloem, arzobispo d'Usala; Teufik Pachá, antiguo gran visir de Constantinopla; Emilio Vandervelde y el príncipe Waldemar de Dinamarca.

El objeto de esta esplendorosamente bella institución está definido en la llamada Declaración de Ginebra, que Gustavo Ador, desde la estación radiotelegráfica de la torre Eiffel, proclamó el día 21 de noviembre de 1923 y fué transmitida a todos los países del mundo.

Esta Declaración, llamada también «de los Derechos del Niño», se dirige a todos los hombres y mujeres de la tierra, para que, reconociendo como ineludibles los deberes respecto de la infancia, excluida toda consideración de raza y nacionalidad o creencia religiosa, afirmen y proclamen:

A) Que el niño debe gozar de las condiciones esenciales necesarias para lograr normalmente su desarrollo físico y espiritual.

B) Que el niño hambriento debe ser alimentado; el enfermo, asistido; el retrasado en su educación, cuidado para proseguirla; el desviado de la buena senda, traído a ella; el huérfano, amparado, y el abandonado, recogido.

C) Que, en los casos de calamidad pública, el niño deberá ser el primero en recibir socorro.

D) Que el niño debe ser puesto en condiciones de que gane su subsistencia, protegiéndole contra toda explotación.

E) Que al niño hay que educarle inculcándole el deber que tiene de poner sus más altas y mejores cualidades al servicio de sus hermanos».

La Unión Internacional de Socorros a los niños está haciendo una intensa propaganda por todos los ámbitos de la tierra para que esta idea de protección al infante se difunda y arraigue en todos los pueblos, para practicar con asiduo esmero, con constante fervor, estos supremos deberes de asistencia al menor desvalido o abandonado.

Cuando nos sea dable reaccionar contra la guerra que destruyó a Europa, conmovió al mundo y comprometió los más altos intereses morales de la civilización; cuando estemos en situación moral adecuada para analizar toda la obra terrible, cruel, inhumana, devastadora, que aquel régimen de la fuerza y la violencia, desmandadas durante cinco años, realizó en el mundo, con verdadero horror, con un

remordimiento infinito, advertiremos cuántas y cuán grandes responsabilidades nos alcanzan a los que fuimos testigos mudos, indiferentes o demasiado prudentes de aquella catástrofe moral, mil veces más grande, a pesar de la extensión y proporciones que hoy alcanza, que la catástrofe económica.

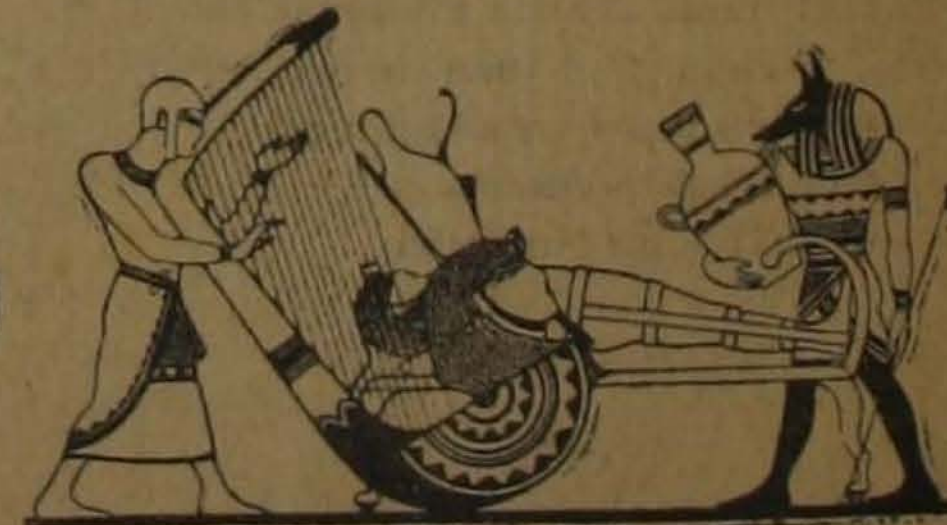
La miseria que se desencadenó en los pueblos vencidos, ineludiblemente sometidos a un proceso doloroso de convulsiones y angustias indescriptibles, produjo más víctimas, en la población infantil especialmente, que las que cayeron en los campos de batalla víctimas del hierro y del fuego.

Más aún: hoy se vé en varios países de Europa una generación de niños enfermos, débiles, raquíticos, escrofulosos, caquéxicos, que son una afrenta para un Continente entero, que se ufana de marchar al frente de la civilización. Esas víctimas inocentes; esos pequeñuelos que simbolizan el dolor moral de los padres, el hambre de los pueblos y la ruina fisiológica de Europa, el día que tengan conciencia de sus sufrimientos y de sus angustias, de sus lacras orgánicas, que vivirán tanto como ellos, tal vez nos exijan cuentas, nos emplacen ante la Historia, obteniendo para nosotros una execración universal.

Apoyar esa generosa institución; divulgar la grandeza humanitaria del empeño que persigue la Unión Internacional de Socorros a los Niños: convertirse en voceros incansables de la Declaración de Ginebra, luchar hasta que la Declaración de los Derechos del Niño salga de la esfera puramente moral y voluntaria, llevándola a los Códigos, a las leyes de todos los países, haciendo obligatorios los deberes que son correlativos de aquellos derechos y trabajar sin descansar, hoy y mañana, ahora, y después, y siempre, para evitar que la guerra, la violencia, la fuerza, arbitrarias, desenfrenadas, sin normas ni limitaciones, no vuelvan a desencadenarse, es obligación de cuantos se estimen y se sientan hombres, seres racionales.

AUGUSTO BARCIA

(La Libertad, Madrid).

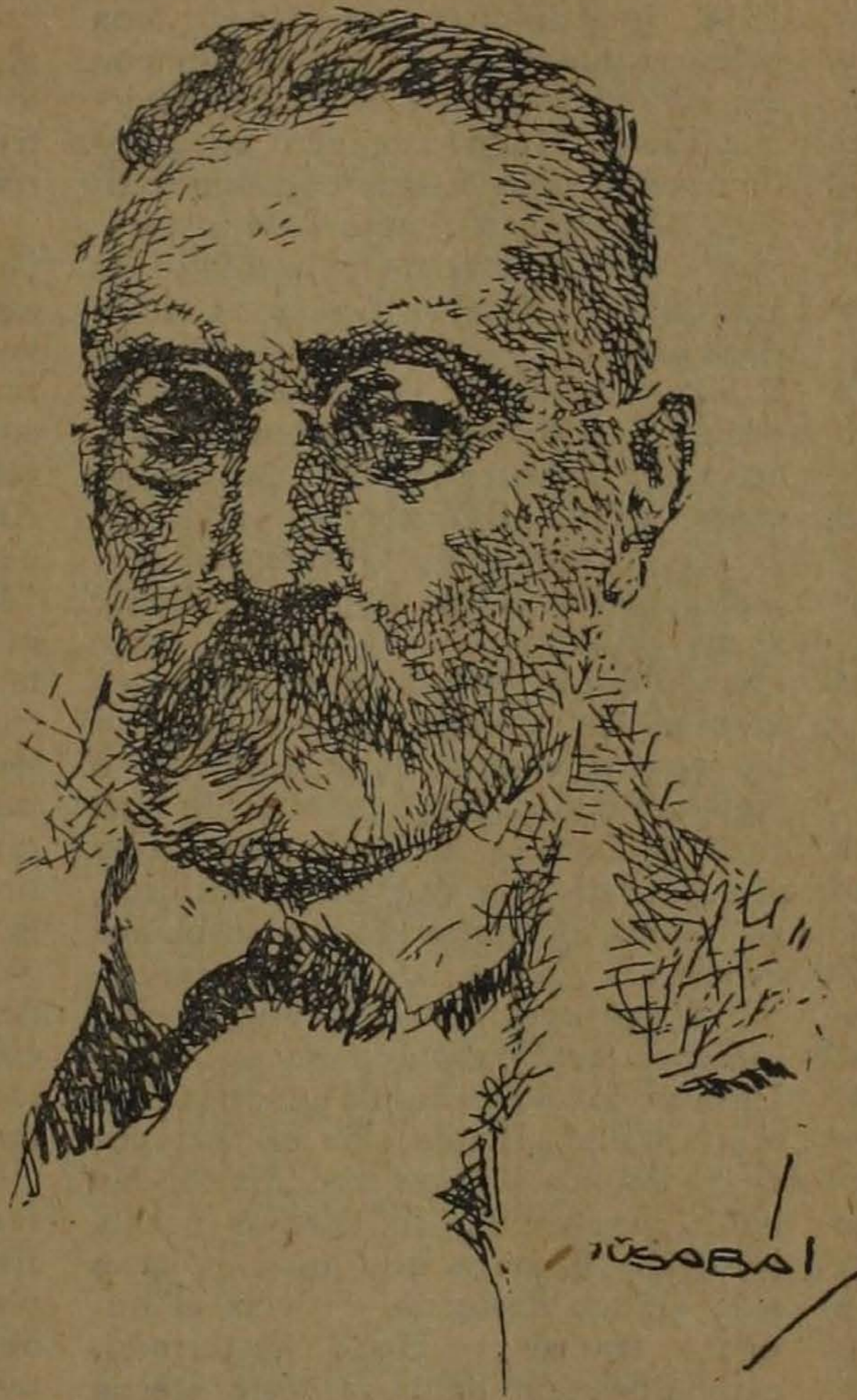


El destierro de Unamuno

Madrid, febrero de 1924.

COMIENZO esta crónica con el ánimo contristado. Sirviéndome de evocaciones históricas, en diálogos humorísticos, fingiendo entrevistas de informadores extranjeros — y siempre dentro del mayor respeto a las personas — he procurado decir a los lectores de *La Prensa* la verdad sobre la situación de España. Y mis augurios y prevenciones desgraciadamente se han ido confirmando. Nos hallamos en días de pronunciada y sistemática reacción. Se persigue a la inteligencia. Y no debe afligirse el español ausente de España — el español de la Argentina, por ejemplo — a causa de este cuadro lamentable que dibujamos. Sí; es lamentable. Pero existe algo ahora verdaderamente consolador. Podemos levantar el corazón a la esperanza y sentirnos satisfechos. España es España. España es la España que, a lo largo del siglo XIX, ha sabido luchar por la libertad y por la inteligencia. Y diré en qué consiste esta particularidad que yo encarezco como síntoma alentador. Tiene Fedro una fábula — la primera del libro V — en que apoderándose Demetrio Falereo por la violencia del poder, en Atenas, todo el mundo va a rendirle acatamiento y pleitesía. *Ipsi Principes illam osculantur qua sunt oppressi manum...* Así dice el fabulista, para demostrar con tal pormenor, el general rendimiento ante el dictador. Y yo quiero dejar en latín ese pormenor. Pues bien; en esa fábula todos acuden a rendir homenaje a Demetrio Falereo, y el último de todos, mujerial y perfumado, allégase también un escritor. Y el dictador después de reconocerle, le saluda con toda amabilidad.

En la ocasión presente, en España y en los días que corren, los escritores no se han acercado al poder. El dictador es hombre cortés, bondadoso, y les hubiera recibido seguramente en palmas; pero el hecho es — y es de loar el hecho — que la intelectualidad española, en medio del general rendimiento (*Ipsi Principes illam...*) se ha mantenido independiente. Y la actitud de los escritores no podía ser otra. Recuerden los lectores argentinos de qué modo satisfactorio, con qué alborozo y regocijo, recibimos todos en



Miguel de Unamuno

Al Directorio Militar Español:

Cerrar Ateneos, desterrar a Unamuno, es decisivo. Todos los países de América seremos Ateneos. Todos los escritores de América hablaremos por Unamuno. Los hijos americanos de España, que la amamos tanto, exhortamos a ustedes a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por ustedes a quienes en este momento los toma la Historia y no tendrán más salvación.

CARLOS VAZ-FERREIRA
y otros intelectuales uruguayos.

España la caída del antiguo régimen; es decir, del régimen de frivolidad y de corrupción. Pero a partir de ese momento de satisfacción, la divergencia comienza a iniciarse. Desconocían u olvidaban los militares pronunciados un hecho capital, a saber: que si había sido posible — y plausible — el derrumbamiento de lo antiguo, esa posibilidad y esa plausibilidad se debían a un período preparatorio de treinta años. Y que en ese período de preparación quienes habían laborado perseverantemente contra el antiguo régimen habían sido precisamente los intelectuales.

Costa, Azcárate, Malladas, Isern,

Macías Picavea, Giner, Ganivet, etcétera, han ido haciendo poco a poco, a lo largo de los años, la crítica del Estado español. Y ha llegado, por fin, un momento en que toda esa inmensa, formidable, implacable crítica, se ha condensado en una suprema decisión. Lo antiguo ha caído; era preciso edificar un nuevo Estado, Y los militares, que noble, generosa y patrióticamente (no les regateemos los ologios) han derrumbado el régimen arcaico, no han tenido la altura espiritual bastante para llamar a su lado, o mejor dicho, para dejar el paso libre a los mismos elementos que habían hecho posible y plausible el derrumbamiento. Han sido los mismos militares quienes han pretendido edificar, gobernar, y el fracaso de tan nobles y patrióticos gobernantes ha sido ruidoso y total. Pero no sólo han fracasado en su empresa, sino que poco a poco han ido revolviéndose contra los elementos que, a lo largo de treinta años, les habían ido preparando el camino. La pugna con los intelectuales comenzaba. Y esa pugna ha ido hasta los encarcelamientos y el destierro de Miguel de Unamuno.

Y ¿cuál es la íntima razón de esa pugna? Un gobierno fuerte, un gobierno dictatorial, puede hacerlo todo. Si el gobernante es militar, lo verá todo desde el punto de vista de la ordenanza y de la autoridad; para el gobernante militar, la operación de la vida social — icosa tan compleja y multiforme! — será una operación rígida, simétrica y cronométrica. Todo podrá hacerlo el militar; la *Gaceta* estará a su disposición para emitir ór-

denes y decretos; la fuerza pública se hallará a sus órdenes para ejecutar complaciente y silenciosamente sus menores deseos. Todo el mundo acatará la voluntad del dictador. Y el dictador podrá pasearse erguido y orgulloso de su fuerza por toda la nación... Sin embargo, el cuadro de bienandanzas no será completo. En alguna parte habrá una llamita fosfórica, un titileo luminoso, una lumbrécita perenne que no obedece a la voluntad omnímoda. Esa llamita fosfórica, eterna, titubeante, pero siempre vivaz, es la inteligencia. Y el dictador luchará, forcejeará, se esforzará por aprisionar esa llamita; sus esfuer-

zos serán inútiles. Todo su poder, ejército, policía, cañones, cárceles, escribanos, jueces, etcétera, todo su inmenso poder será impotente para captar esa fuerza sutil, impalpable, etérea, que se llama inteligencia.

El dictador, colérico, furioso, exaltado, se lanzará espada en mano contra el fantasma; lo atravesará con el agudo acero, y el fantasma, intacto, trasparente, traslúcido, se mantendrá ante él presenciando sus vanos furios. Y ese es el poder inmenso de la inteligencia. La exaltación y despoberamiento de los tiranos respecto a los intelectuales procede de ese hecho fundamental: de que pudiendo los tales dictadores disponer de todo, no pueden disponer de esto que no parece nada, que semeja cosa fugaz, debilísima, deleznable, y que, sin embargo, es la fuerza más formidable del mundo.

Y esto es lo que no han comprendido los militares españoles. No generalicemos: no lo han comprendido los militares que, con aplauso de todo el país, cumpliendo un anhelo nacional, han derrocado un régimen de corrupción y de falacias. Bismarck lo comprendía, sí, y cuando Bismarck hablaba de «los factores imponderables», se refería al espíritu, a las fuerzas espirituales (abnegación, perseverancia, confianza en sí, etcétera), que son las que, en último término y por encima de la fuerza material, deciden las guerras. En la última gran contienda mundial se ha visto claro. Tenían disciplina estricta, automática, los germanos; no tenían disciplina—en el sentido tradicional los franceses. Los franceses, sin embargo, poseían confianza en sí mismos, sentido de la iniciativa individual; un simple soldado no era una máquina—como el soldado teutón;—un simple soldado era un oficial en potencia. Y como oficial actuaba desde el primer momento, cuando el oficial efectivo caía en la batalla. Y esa ha sido la gran fuerza de Francia; la fuerza de «los factores imponderables». Si no se puede ganar una guerra sin los tales factores, ¿cómo se podrá gobernar un país? No ha tenido en cuenta el directorio español—compuesto todo él de personas dignísimas—la fuerza de los factores imponderables. La materia no lo es todo. El orden supremo y duradero de un país no es el orden material. Viendo que la llanita fosfórica no podía ni sujeta ni apagada, han venido el desabrimiento y la exasperación. La persecución a los intelectuales ha comenzado. ¿Hasta dónde será llevada? No podemos preverlo. Pero el acto de confinar a Miguel de Unamuno es característico.

Y bastará ese hecho, independientemente de la duración del cautiverio, para marcar en lo futuro todo un ré-

gimen. No es creíble que el confinamiento de Unamuno se prolongue. Diez años nada menos estuvo expatriado en la isla de Guernesey, en Inglaterra, Víctor Hugo. En julio de 1914, se erigió al gran poeta una bella estatua—labrada por Rodín—en esa isla, al borde del mar. La «Sociedad Víctor Hugo» organizó en aquella ocasión unas fiestas conmemorativas. Hablaron en el acto de la inauguración de la estatua el ministro de Instrucción Pública francés (Víctor Augagneur), el ministro inglés de Trabajos públicos, representantes diversos de sociedades y academias francesas. El ministro francés, entre otras cosas, dijo: «Durante los años de Jersey, primero, de Guernesey, después, Víctor Hugo ha vivido frente al mar misterioso e inspirador, escuchando desde su casa rugir los cuatro vientos del mundo en respuesta a los cuatro vientos de su espíritu; o contemplando, desde la cima de una roca, el mar, ya haciendo estremecer el acantilado con sus embates furiosos, ya, manso, festoneando con su blanca espuma la arena». De Guernesey volvió Hugo otro hombre: una piedad inmensa había entrado en su alma. Durante los diez años de expatriación, el gran poeta había sido el portavoz de todos los dolores mundiales. No había perseguidos ni opresos por la injusticia humana que no acudieran a él. «Hugo desterrado—decía el ministro francés;—Hugo desterrado, personificación de la protesta eterna contra la injusticia y la violencia, se convirtió en la esperanza de los pueblos oprimidos». Y más adelante: «Guernesey era el santuario hacia el cual se volvían las miradas de todos los oprimidos, las esperanzas de todos los lacerados».

El confinamiento de Unamuno en una isleta de Canarias me ha hecho tomar de un estante de mi biblioteca este libro en que se narran las fiestas de 1914: *Les fêtes de Víctor Hugo a Guernesey*, (Ollendorff, Paris). Sea largo o sea corto el confinamiento de Unamuno en Fuerteventura, el efecto está ya causado. De este hombre singular, rarísimo por su saber, se ha hecho ya una gran figura nacional. Todo el mundo habla en España de Miguel de Unamuno. En la Puerta del Sol, donde sólo se vocea el nombre de Quevedo, se vocea también el de Unamuno. En la gran plaza se vende estos días la biografía del catedrático de Salamanca. Y ya se reconoce por todos, amigos y adversarios, la perfecta escrupulosidad de Unamuno en el cumplimiento de su deber profesional. No estaban en lo cierto los dignos miembros del directorio cuando en la nota condenatoria, reprochaban a Unamuno las ausencias

de su cátedra. Ya otras veces, al usarse de este argumento, los profesores y los escolares de Salamanca han protestado contra tal incriminación. Miguel de Unamuno es un modelo de catedrático, exacto y fervoroso cumplidor de su obligación. Sus discípulos lo adoran y sus compañeros de claustro le profesan sincero respeto y merecida admiración.

El destierro realzará la figura de Unamuno. Y hay en este lance un aspecto que quisiéramos, si no desenvolver por completo, al menos esbozar. Hoy Unamuno es uno de los contados españoles conocidos, reverenciados, admirados, en Europa y América. La patria y la nación, en definitiva (ya lo demostró Renán en 1882) son espíritu. Unamuno es, por tanto, actualmente, parte esencial de la patria española. Cuando en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, se habla de España, se pronuncia enseguida el nombre de Unamuno. ¿Hasta qué punto, pues, será lícito tocar a este factor poderoso de la patria española? El argumento legal, abogadesco, en este caso no sirve. Se dice: «Unamuno, catedrático, funcionario del Estado, predica contra las representaciones más altas del Estado. Debe sufrir la pena».

¡Ah! El argumento se vuelve, ciertamente, contra quienes lo emplean. Ese argumento lo hemos visto empleado recientemente (y a propósito de manifestaciones hechas por maestros elementales); lo hemos visto empleado en Francia, por periódicos de indudable liberalismo. En Francia la Constitución del Estado es respetada escrupulosamente por los encargados de guardarla. Pero, ¿quién, en España, donde no sucede lo que en Francia, podrá reprochar a un profesor sus prédicas contra el Estado y sus representaciones? ¿Dónde está el ejemplo para todos los ciudadanos? La autoridad para la sanción falta. La autoridad indispensable para que la pena sea justa no existe en este caso. La constitución fundamental del Estado está violada, y las consecuencias funestas de ese hecho se extienden por toda la nación y se harán sentir, durante mucho tiempo, de mil diversas maneras.

AZORÍN.

(La Prensa, Buenos Aires).



Destierro del profesor Unamuno porque criticó al rey de España

Es un reto violento a la libertad y al honor
del mundo intelectual

El dictador Primo de Rivera, que es un remedo infeliz de Mussolini y un zoquete uniformado, ha cerrado la boca a un gran maestro y lo ha obligado a callar.

Londres, 12 de abril

No hay nada más grande en el mundo de los hombres que el pensamiento. Ciencia, literatura, ¿qué otras glorias tiene el hombre? Sin embargo, la corporación de hombres de ciencias, letras y artes no forma sino la más débil de las Repúblicas en el mundo; es insignificante social y políticamente y conquista sólo respetos póstumos.

Ha de llegar el tiempo en que el hombre tenga un mejor sentido de los valores de las cosas, cuando al experimentador que crea, al escritor, al artista, se les conceda algo del respeto, algo de la inmunidad que ahora concedemos a las realezas con la urbanidad de criados de segunda clase o con la osadía de *jockeys* de segunda clase, y a esos poseedores casuales de un desproporcionado poder de disipación, o de desproporcionado impudor, nuestros guías sociales.

Pero ese día en que el filósofo o el descubridor o el gran artista sea un rey, en que no haya más nobleza reconocida que la nobleza del espíritu, está todavía lejos.

Quizá no llegue nunca. Tal vez sea una permanente necesidad de nuestra naturaleza la que nos invita a exaltar las cualidades comunes que compartimos y comprendemos, y a despreciar los dones raros.

El Rey Carnaval con su nariz desmesurada y sus ojos saltones, es el más real, el más natural de los reyes humanos, porque es francamente una criatura vulgar y grotesca, elevada y engrandecida. Tales reyes y príncipes, tales héroes populares, tales jefes a la moda como los que tenemos, son los que nos asisten en nuestra lucha defensiva contra la insoportable sospecha de que carecemos de una facultad distintiva.

Podemos decirnos que no son en manera alguna diferentes de nosotros, excepto en que ellos son más afortunados, pero tortura nuestra propia estimación el honrar a quienes tienen cualidades cuya posesión no podemos pretender.

Por eso es por lo que gustamos de

pensar que los hombres de ciencia son gentes locas, distraídas, con anteojos y una red de cazar mariposas, mientras escuchamos ansiosos los rumores que circulan acerca del vicio y de la maldad en los hombres de genio.

Debe haber una razón profunda e instintiva en esta aceptación del regalo y la repulsa al que lo da. La ingratitud es mejor para el hombre ordinario, que el servilismo. Si no desconfiamos de la gente excepcional del mundo, si no la restringimos, puede dominarnos hasta convertirnos en simples animales bajo su dirección o control. Un rey es la protección más segura contra personalidades reales, y la aristocracia contra el gobierno de los mejores.

La República de las letras

Los hombres excepcionales, precisamente porque son excepcionales no tienen instinto gregario para unirse y protegerse mutuamente contra las turbas y sus conductores. Casi todos los hombres de prendas distintivas son celosos. Son impulsados por una necesidad interna a asegurar su propia condición especial sobre las especiales cualidades agresivas de sus semejantes. Se advierte poca generosidad cuando hombres de ciencia, de letras, o de artes, exaltan a otro. Su misión está en hacer lo que tienen que hacer, no en ser buenos prójimos para con los demás.

Cuando se considera esto, hay que reconciliarse con el mucho egoísmo y la falta de sociabilidad del hombre de dones intelectuales; con todo, a veces uno se siente admirado al advertir la extremada desintegración moral que constituye el estado normal de las «Repúblicas» de las ciencias, las artes y las letras.

Recuerdo mi asombro ante la súbita explosión de nacionalismo de los hombres de ciencia de todos los países al principio de la guerra; todavía más ante la repugnancia con que se unieron a continuación del armisticio, des-

pués que habían tenido cuatro años para pensar en su primera actitud.

Cuando me acerqué al secretario de la Sociedad Real en 1920 y le hablé de la pobreza de hombres tan grandes como Pavloff en Petersburgo, de la necesidad urgente que tenían los hombres de ciencia rusos de publicaciones occidentales, de instrumentos y de material, de lo que estaban privados por nuestro bloqueo, pensé que la Sociedad se interesaría en resolver el asunto como un deber sencillo y obvio.

El caso de Unamuno

Nada de eso se hizo. Se arguyó que Pavloff y los otros debían haber salido de Rusia como refugiados blancos, que una corporación adornada con todos los duques y príncipes reales de la Gran Bretaña tenía algo más que considerar que la mera protección de investigaciones en el mundo. Me parece que la Sociedad Real era en verdad más bien que una sociedad para la promoción y exaltación de la ciencia, una sociedad de hombres de ciencia para la mutua coerción.

Y ahora, el escandaloso caso de don Miguel de Unamuno es un ejemplo fresco de la falta del menor sentimiento de solidaridad entre los intelectuales del mundo.

Se trata de un gran escritor, profesor y ex-rector de la Universidad de Salamanca, un hombre de indiscutible mérito. Es un profesor de estudios clásicos, no un científico ni un sociólogo. Ha lanzado algunos reproches brillantes y merecidos al rey de España.

Como todo el mundo sabe, el rey de España ha consentido y posiblemente colaborado, en la usurpación ilegal de su gobierno por una junta militar con un dictador de paja, un Mussolini postizo, Primo de Rivera.

Es un gobierno torpe y malo, dedicado principalmente a sofocar la opinión sobre el mantenimiento absolutamente inútil de una guerra interminable con los moros. Porque si los generales españoles tienen a veces que exhibir las espaldas de sus brillantes uniformes ante los moros, pueden, a lo menos, mantener una presencia altiva activa y valiente ante España.

Un zoquete uniformado

Ningún país ha tenido nunca necesidad de una opinión pública purgativa como España en los momentos actuales. Pero tan pronto como el señor Unamuno habló claro, se apoderaron de él y lo enviaron sin seguirle juicio a las Islas Canarias, lejos de sus libros, de sus estudiantes, de todos los contactos con las actividades corrientes de la humanidad.

Es un acto puramente arbitrario. No se recurre siquiera a una corte pseudo-académica. Se ha hecho bajo la autoridad de una desgraciada imitación que está decayendo en un Mussolini español. Un zoquete de uniforme ha golpeado en la boca a un gran maestro y lo ha obligado al silencio. En los últimos tiempos no ha habido en Europa un desafío tan violento a la libertad y al honor del mundo intelectual.

Este último ultraje

¿Qué protestas ha habido en el mundo? Se podían haber esperado vigorosos clamores a favor de Salamanca, de parte de Oxford y Cambridge, de parte de Londres y de la Academia Británica, de parte de Harvard, Yale, Chicago, de las ciento y tantas universidades y colegios de Norte y Sur América, un inmenso estallido de indignación. Poco he oído.

De la Universidad de París ha habido una buena protesta representativa y Lisboa ha hablado. He visto unos pocos párrafos en los hebdomadarios más entonados de Inglaterra y Estados Unidos.

Pero los trabajadores intelectuales del mundo de lengua inglesa parecen en conjunto haberse afectado poco ante esta hazaña particular del dictador del rey de España, como un rebaño de ovejas que se apacientan ante la muerte de una de ellas.

Por lo que a ellos toca, él puede clausurar todas las universidades de España y abandonar en una isla desierta a los cuerpos respectivos. El sentido de cualquier comunidad de

intereses entre las universidades del mundo, parece faltar completamente.

El minero ordinario o los cargadores tienen mucho que enseñar al profesor de universidad en lo que se refiere a la posesión del respeto propio.

También en Inglaterra como en Estados Unidos en los últimos doce años ha habido quizá casos similares a este ultraje último de la fuerza vulgar sobre la inteligencia. Está el caso del señor Bertrand Russell, por ejemplo. Durante la guerra no era prudente en los Estados Unidos que los profesores de ciencias políticas y sociales se inclinaran muy visiblemente hacia el colectivismo.

Mr. William Jennings Bryan sabe todo lo que se refiere a la creación e incita a los Estados retrógrados a destituir a los profesores de biología que enseñan de una manera contraria a las creencias de este favorecido confidente de la Divinidad. Quizá la triste comprensión de tales hechos haya estorbado a las comunidades de habla inglesa en este asunto.

Entre tanto, don Miguel de Unamuno estudia los medios de fugarse de las islas Canarias y mientras se mantenga en su opinión sobre el rey Alfonso, tiene restringida su conversación con los isleños. Y si por casualidad el rey Alfonso visitara Inglaterra, y fuera a Oxford y a Cambridge, todos los profesores y los decanos se pondrían todos sus plumajes para inclinarlos ante él.

H. G. WELLS

(Del *New York American*, Trad. de CARMEN LIRA, en homenaje a don MIGUEL DE UNAMUNO).

Por don Miguel de Unamuno

París, 20 de marzo de 1924.

Señor Director del

REPERTORIO AMERICANO

San José, C. R.

Señor Director:

En su casa habremos de encontrar cabida para decir, a quienes quieran escucharnos, toda la emoción del espíritu, hoy que queremos hablar de don Miguel de Unamuno, el alto maestro de España y de Hispano-América, a quien la barbarie reinante en la Península acaba de abatir enviándolo a las Islas Canarias, lejos de sus afectos y de sus devociones mentales, por delitos de pensamiento libre y de integridad de conciencia. Y es desde París, desde el centro de esta ciudad acogedora y alta por los prestigios de la inteligencia y de la belleza, de donde vamos hacia nuestra América,

en la que vimos entristecerse nuestra juventud por el dolor de tiranías y de revoluciones. Y en lo más triste de la historia de nuestros pueblos, en la época en que nos tocó vivir, los pocos que creemos todavía en el espíritu y la tradición de una cultura, entretuvimos nuestras horas en la devoción heroica de los representativos. Miguel de Unamuno estuvo entre los primeros. Por ello no es sin indignación como vemos el golpe dado a la tradición espiritual que más nos atañe. Pero los generales no comprenden esto: todo lo confunden con el orden del cuartel y con el valor de las armas.

Que la fuerza se ejecute, vaya; pero que no alcance al pensamiento tratando de acallararlo. Se confunde el oficio de pensar con el oficio de mandar: pero no. Obra de mentecatos y de ignorantes es el querer poner límites a todo movimiento libre: pero no. Po-

siblemente España — la España de nuestros días, aquella de las juntas militares y del desastre de Marruecos, la España de Primo de Rivera — necesite hundirse o salvarse de una vez por todas. Cada cual escoja su partido. Pero no es atacando lo más excelsito de su vitalidad, de su propia grandeza actual, como lo logrará. Porque creemos que es la fuerza el único principio de equilibrio y de excelsitud de un pueblo: pero la fuerza que está más allá del brazo, la fuerza que dirige, la fuerza que se supera en el arte de bien gobernar. Y la primera decadencia de un gobierno es la persecución de lo superior, de las magnificencias del espíritu.

El mal de España es un mal de siglos: lo tememos por nuestra América. Cuando el mundo comenzó a caminar seriamente ella quiso detenerlo. Se salvó dentro de una tradición pura y alta, o para decirlo, en un sentido Unamuniano, *casta*: pero ya los otros pueblos habían abandonado todos los sabores de esa tradición. Lutero creció para crear otra corriente; y en un sentido ficticio o político, Loyola disciplinó el cristianismo. Frente a un mundo heterodojo se levantaba una España ortodoxa. Todo era místico en sus tendencias — y sigue siéndolo en las corrientes populares, acaso de las más interesantes del mundo de nuestros días — aunque los secretos del probabilismo jesuítico sean obra de la voluntad. Al hablar en España de una tradición latina se habla más bien de una forma y no una esencia; el pensamiento vernáculo de España es lo más distante de toda latinidad. Séneca fué el primero de los estoicos y en la aridez del espíritu ibérico el cristianismo, en lo que tiene de bárbaro y misterioso, por el fervor y por la fe, floreció eternamente. En el fondo: España es una nación hecha de misticismo, de fervor, de sequedad. El donjuanismo, el quijotismo, el misticismo — formas puras de una Idea Platónica — no pueden ser más que españoles.

Cuando se ataca a don Miguel de Unamuno se atacan las bases íntegras de la raza, los valores intrínsecos de la tradición, en suma, se ataca a España. Porque don Miguel de Unamuno es el último gran místico de España y las fibras de esta nación están hechas de la esencia de su pensamiento. Unamuno no ha destruido, con la sonrisa de su ironía, con el calor de sus paradojas, con el sentimiento de sus convicciones más íntimas, sino lo que no es español, lo que no está vivo en el útero de esa España que «huele a cadaverina.» Su último libro, *El Cristo de Velázquez*, es la síntesis de las emociones de Unamuno. Y no decimos Filosofía de Unamuno, porque en el fervor no cabe la filosofía: que la fe

esta más allá de la razón y Dios más allá del mundo. Y la historia de España es más bien una historia de emociones que de pensamientos. Por eso ha sido una historia grande en acciones, porque lo emotivo, lo lírico, están más cerca de la naturaleza—en donde todo es acción que destruye y construye—que el pensamiento. Las conquistas de España, en el espacio y en el tiempo, son de un sabor medular, intrínseco, y por eso lo que ha traído al pensamiento universal es esa especie de grandeza espiritual capaz de traspasar todos los siglos. Y porque en el fondo de su religiosidad existe el desorden más trágico, es el pueblo menos cercano de la lógica, del método, del sistema. Su ambición, su ortodoxia práctica, fué la de dominar. Y a costa de mil crueldades, de mil guerras, de mil mártires heroicos, forma esa tradición profunda de la que aún no ha logrado salirse. Los reyes de España gobernaron verdaderamente dentro de una tradición única, cierta, dentro de un Imperio en donde todos los hombres creían en Dios y en el Emperador. He aquí la tragedia: el equilibrio, que es la ilusión más humana y más falsa del espíritu, un día se rompió. España quiso entonces evitar el contagio de todo pensamiento libre, del *escepticismo* en sus formas de creencia, de ciencia, de estética, y se encerró en la fortaleza de sus dogmas y de sus glorias que ya se iban terminando. Pero los siglos pasaban. Y las cosas no pasan en vano. Y el inmenso Imperio de España se desintegró con las guerras de independencia de América y la nación brillante del Renacimiento se extinguió lentamente, en una forma actual, para la Europa civilizada. En una palabra, España llegó a esa *deseuropeización* de sus instituciones, que es el más grave síntoma de su decadencia.

Pocos hombres en el siglo XIX comprendieron el peligro de España. Acaso los más austeros de todos, los más grandes de todos, fueron Costa y Gánivet, injustamente olvidados hoy. Pero la verdadera conciencia de España, de la España viva, de la España categórica, es don Miguel de Unamuno. Reune los siglos decisivos de la historia española en una síntesis de heroísmo y alcanza ese grado de plenitud que a todos los hombres hizo sonreír en las paradojas de Nietzsche. No encontramos otro espíritu con quien compararlo: que los dos llegan, por sendas distintas—el uno dentro de un pirronismo doloroso, el otro dentro de una tragedia en donde juega un papel inmenso el *will to believe* de W. James—a esa misticidad del alma en donde la razón se burla de sí misma. Es un sentido del pascalismo, en una forma moderna, porque Pascal

desconoció el encanto maldito de la paradoja y el amor de las frases: la angustia es idéntica. La obra de Unamuno, desde sus novelas hasta su poema de última hora, está palpitante de esa angustia que refleja el estado de su España, de su vitalidad ancestral. El mismo se cree el más español de los hombres y el más vernáculo de los españoles. Y cuando ataca los problemas más opuestos de la tragedia de España, lo hace de manera europea, universal, viendo la línea de la historia en donde todos los pueblos de la tierra se juntan. Así, es el más fuerte de los espíritus españoles, encerrando las excelencias y las flaquezas de la raza, y uno de los espíritus europeos más interesantes de nuestros tiempos. Acaso el último humanista de España; pero doblado de un combativo, de un gran polemista, de un hombre de acción, si la acción es sobre todo una forma—la más pura—del pensamiento. Desde hace muchos años seguimos en los periódicos de España y de América, y en sus libros, a don Miguel de Unamuno, y en todo cuanto hemos leído de su pluma acerada y fuerte, hemos sentido ese calor de la acción, del espíritu transformado en deseos, en negaciones, en afirmaciones de todo cuanto tiende a la perfección, sabiendo que ella es la más íntima de las quimeras del hombre. Tres libros suyos son como el itinerario espiritual de España: *La Vida de Don Quijote y Sancho*, *En Torno al Casticismo* y *El Cristo de Velázquez*. Y uno es el de su propia tragedia ideológica: *Del Sentimiento Trágico*. Vasta curva sentimental en donde el eterno dilema de los dos únicos valores humanos se restuelve en un problema de la raza, del espíritu de un hombre. Y Unamuno se decide por el lado del sentimiento, pero como lo sintiera Pascal, por la voluntad de creer. Es cierto que él no repetirá la palabra del Evangelio: «Creo, ayúdame en mi incredulidad». Porque el lado de la razón tiene su importancia, como el lado de la fe. La fe se puede crear, en las manifestaciones de Unamuno, tanto como la ciencia. Lo admirable es que la fe es un don de ignorancia y por ello cabe en todas las manifestaciones espirituales de no importa qué hombre. Más que un ser racional, Unamuno pide ser un ser sentimental. Sólo otro espíritu español sintió el problema de su patria en la forma en que lo hace Unamuno: Gánivet. Pero el sentimiento sociológico privó en su obra. Y España se inclina más bien hacia «los hombres sentimentales».

He aquí el pecado de Unamuno: ser el único hombre español y tener en su sangre el sentimiento de la raza como ninguno otro de sus contemporáneos. Dijo en carta publicada en *La Nación*

de Buenos Aires lo que todos piensan del Directorio del General Primo de Rivera, mientras los otros callan. Hoy está en las Islas Canarias, en el exilio. Y como en la época del Imperio de Napoleón III los ojos se filtraban en las brumas del mar para contemplar al solitario de Guernesey, hoy pensamos en el ilustre español viendo hacia el oriente de esos promontorios lejanos, más allá de los cuales está nuestra América. Lo más alto de París ha protestado contra la deportación del maestro de Salamanca: hemos visto, junto a la gravedad filosófica de León Brunschvicg, la ligereza de un hombre de letras, Pierre Hamp; junto al esteta Víctor Bach al sabio y grave Painlevé. Dos de los más grandes poetas del mundo, la condesa Ana de Noailles y Gabrielle d'Annunzio, se asocian para decir su indignación contra el golpe dado al pensamiento humano. Romain Rolland, desde su retiro de Suiza, se levanta para llamar a Unamuno, «el último caballero de la tierra caballeresca». España calla, mientras tanto.

Que venga de nuestra América el entusiasmo de una protesta firme y valiente; allá cuenta don Miguel de Unamuno con admirables amigos a quienes ha dado el sustento de una latinidad que ignorábamos en lo más íntimo del espíritu español. Porque ha sido el defensor de nuestras tradiciones, de nuestra naciente cultura—que es continuación de otras fuerzas espirituales—; porque ha sido la inteligencia que uniera a España, que nos desconoce y que nos olvida, el sentido de esa nueva sensibilidad que estremece a los Andes. Junto a él sólo un conjunto de espíritus selectos sienten la necesidad de América. Por nuestro don Miguel de Unamuno americano, por nuestro don Miguel de Unamuno esencialmente latino, por nuestro don Miguel de Unamuno que es el genio de la raza que transformamos: por la esencia del unamunismo profundamente español, debemos protestar ante la conciencia de nuestra intelectualidad, de nuestra juventud, de nuestras universidades, de nuestro pensamiento. Se ha atacado el pensamiento libre: protestemos contra la fuerza bruta de un gobierno que compromete la dignidad de la raza desterrando al más alto espíritu de la España actual, de la América latina actual.

Soy de Ud., señor Director, agradeciendo a Ud. la publicación de esta protesta, su servidor y amigo,

LEÓN PACHECO



MENSAJE

ENVIÉMOSLE un mensaje a don Miguel de Unamuno, un mensaje que le lleve la palabra de América a su destierro de Fuerteventura, y que ponga en sus manos don Eugenio Noel, este otro español en cuyo espíritu se hace la luz de la República.

Eugenio Noel irá a visitar al maestro antes de pisar otra vez tierra de España, llevará el recuerdo de una gira por América, que es la mejor manera que puede hallar un español de acercarse a la juventud, en cierto modo a la juventud de su historia, de la historia de su raza, y de adelantarse en la visión del porvenir.

Mientras las blandas alfombras del palacio real sufren las pisadas del jayán que sustituyó a los políticos en el Gobierno de España, las aulas de Salamanca languidecen, y en las Canarias inhóspitos se agostan los días del más recto de los ciudadanos peninsulares.

La juventud de este continente, que todavía distingue el resplandor de la barbarie entre los brotes de la vida nueva y fecunda, siente la indignación que no supieron demostrar los discípulos de Unamuno el día en que Primo de Rivera consumó la más sensible de las vergüenzas que deba sonrojar a la España de hoy.

No fueron las dos políticas las que hallaron estrecho para convivir, el suelo de la península: fueron dos espíritus. El espíritu del militar y el espíritu del profesor. El militar dominante que llevó al Rey débil para que le besara las sandalias al Romano Pontífice y le hiciera tres o cuatro venias a Mussolini, que quebró la palanca de la prensa, y ha mantenido en el desencanto a las gentes cultas de todo el mundo hispano. El profesor, amigo de la sabiduría, sencillo y profundo que tomó de Salamanca algunos gestos, y le dió otros tan importantes, que ya hoy la ciudad parece trunca por la simple ausencia de su maestro.

Los de este lado nos hallamos dentro de una teoría que describe Ortega y Gasset, buscando la esencia vital de la historia en el empuje, no de las multitudes ni de los hombres aislados, sino de ciertas generaciones que tienen sobre las vulgares el prestigio de su juventud rebelde, dispuesta a variar los rumbos y a darle mejor fisonomía a las sociedades.

Pues queremos alegrar en su destierro a don Miguel de Unamuno, llevándole el anuncio de que toda la América de su lenguaje sufre hoy el trance glorioso que marcará nuevo ciclo en sus anales. En su esencia, es decir, en lo hondo, en lo espiritual,

en lo que es el fundamento de su posición ante la vida, las gentes nuevas de nuestras repúblicas, no piensan como las que ya van camino de la senectud. Los oros de las milicias no cautivan nuestras miradas, el esmalte de la política no luce en nuestros cuarteles, o a lo menos, indica significados muy distintos.

Cuando se reúnen los antiguos señores de estas tierras para vivir la fantasía de sus conflagraciones y de sus guerras, se olvidan de que la juventud no ha de serles adicta. ¡Qué diferente el motivo de sus entusiasmos!

Entre la vida de Unamuno y el ideal de nuestras juventudes, existe un guión de contacto verdaderamente significativo. El ha sabido situar su existencia fuera del plan trazado por los leaders de los partidos españoles; sin permanecer indiferente a los sucesos de su pueblo, su glosario tiene una independencia irreductible, ama su libertad espiritual con amor primitivo, completo, puro y pleno. Y esta persistencia en no contaminarse con las debilidades de la trama partidaria, ese empeño en no afiliarse a la teoría de los profesionales de la política, es un ideal de orientación para los jóvenes de estos países.

Que esa posición pseudo negativa sea una virtud, es un fenómeno que se explica a la luz, debe leerse a la sombra, de las perversiones que han llevado los demagogos a la más nobles teorías de la vida social. Perversiones que han llegado a la inteligencia de la muchedumbre y que han sabido aprovechar los caudillos astutos de América y los premiers audaces de

Europa, para hacerse a dictaduras que van borrando en los pueblos la idea de ser dueños de sus destinos. Pero los núcleos de juventud, o de alma joven, que advienen a las sociedades en decadencia para salvarlas, interpretan la misma corrupción, sin oportunismos, con la transparencia de sus ideales. Lo que salvan los débiles robusteciendo el poder unipersonal, lo restuelven las juventudes con reacciones más generosas encaminadas a un renacimiento colectivo de más extensa raigambre.

Primo de Rivera es un caso de caudillo suramericano trasplantado a Europa, en momentos de confusión y desencanto. Pero desprovisto ya del barniz de imitación italiana, tan efectista como mendicante, se ha venido mostrando desde hace ya bastantes días en toda la pobreza de su espíritu.

No somos, pues, absolutamente extraños a las causas que se relacionan con el destierro de un escritor que a veces ejerce mayor influencia en Hispanoamérica de la que su ejemplo vivo tenga dentro de su propia patria.

Rindamos hoy un homenaje a don Miguel de Unamuno, diferenciándonos de nuestros hermanos de raza, que han aceptado—complicidad desoladora—el pensamiento primitivo del capataz de la península. Y digámoslo así, con palabras ataras, sin suavizar el concepto que necesariamente ha de merecerle a una persona culta un acto tan deplorable como el que ha puesto fuera de su ciudad al maestro salmantino, republicano inflexible.

Llévele a don Miguel de Unamuno la palabra de nuestra América el señor don Eugenio Noel.

GERMÁN ARCINIEGAS

(Cremos, Bogotá).

Más protestas

LOS INTELLECTUALES FRANCESES Y UNAMUNO

Madrid, marzo 12. (Exclusivo).—Desde París comunican que Richet ha protestado contra el destierro de Unamuno que, según su opinión, «ha sido deportado por defender únicamente ideas liberales, por lo que nosotros, los profesores de las Universidades francesas, creemos de nuestro deber protestar contra este ataque a nuestro ilustre colega». Firman la protesta numerosos profesores de Francia.

Romain Rolland también ha protestado diciendo: «Los heraldos de la conciencia europea gritamos nuestra indignación. Unamuno es la más alta gloria no solamente de España, sino de todos los países de lengua

ibérica. Es vergonzoso ver que un gobierno que se llama patriota desconozca el más precioso florón de su diadema. Es lamentable que el Rey, que tiene sentimientos de la grandeza de su raza, se preste a esta abdicación. Unamuno es un héroe, un espíritu pensador trágico y apasionado, el primero que después del desastre de la guerra hispano-americana ha levantado a España ante el mundo, obligando a sus grandes hermanas, Francia e Italia, a inclinarse ante su ascendiente».

(España Nueva, Habana).

LA PROTESTA DE D'ANNUNZIO

He aquí—según parece en su texto verdadero, que se mutiló en Italia—el mensaje de protesta que envió el actual

Príncipe de Monte Nevoso, a los intelectuales franceses, publicado por *Les Nouvelles Littéraires* y que merece reproducirse:

«Mis jóvenes amigos de Francia, mis queridos hermanos latinos de arte y armas: Estoy con vosotros para vengar al espíritu inviolable, al estilo inviolable, contra la bestia triunfante.

«La inmensa España de nuestros sueños se nos aparece hoy como un país apagado. Sus caballos despanzurrados en sus circos nos parecen menos siniestros que los cerebros sangrientos de sus jefes estúpidos.

«Hay que despreciar a ese general subalterno disfrazado de tiranuelo picaresco. Hay que marcarlo al rojo vivo con la figura del «Catoblepas» flaubertiano.

«Es imposible evitar la sonrisa ante el soldadote que bufa al cruzar la sutil y formidable pluma del gran escritor con su sable de madera.

«Pero el mismo Unamuno deja en los confines del reino ennegrecido una especie de luz inextinguible. ¿Es, queridos hermanos, la sonrisa de su desdén y de su ironía y quizá de su amor invencido?»

(*Martín Fierro*, Buenos Aires).

EL DESTIERRO DE UNAMUNO

Era de esperarse. Como si la burda tiranía que, para desdoro de nuestra civilización, se ha apoderado del gobierno de la Madre Patria y de la inerme voluntad de un rey sin hombría, no hubiera cometido aún suficientes depredaciones, para justificar su completa ineptitud y su falta absoluta de sentido moral, ha necesitado de esta actitud que fuera capaz de levantar la indignación airada de la intelectualidad mundial sino mereciera el piadoso desprecio que roeda a sus autores.

No debe lamentarse este paso. Claramente se comprende que la España de Unamuno, de Azorín y de la pléyade ilustre que lleva el pabellón de la cultura latina, no es, no puede ser la del militarote que gobierna sus destinos. Se cumple la ley de Gresham: la moneda mala desaloja a la buena. Y Unamuno paga con su destierro el crimen de no tener cerebro de estopa y espinazo de caucho. Era el acto que faltaba para evidenciar la razón de los que esperaron la salvación de España, de la altiva, la gallarda y noble España, por la dictadura denigrante del sable y la mordaza.

De corazón nos felicitamos de lo sucedido y felicitamos también al viejo maestro de Salamanca por el honor único que significa su destierro.

Bienvenido el exilio forzado, bienvenido el atentado a la cultura; él ha de marcar el abismo infranqueable que separa a los hombres como Unamuno de la recua que acompaña al Directorio...!—(J. R. F.)

(*Hacienda y Administración*, Rosario, Rep. Argentina).

CARTA DE UNAMUNO A H. ECHEVARRIETA

Sr. don Horacio Echevarrieta

Madrid

No sabe usted bien, mi querido amigo, lo que le agradezco su carta y su oferta. Tenemos los dos, en efecto, la honra de ser bilbaínos netos y por tanto liberales, nuestros padres fueron amigos y concejales juntos en el primer municipio del sufragio universal que en nuestro Bilbao se firmó después de la Gloriosa; me unió buena amistad con su padre.

Y volviendo a lo de ahora le diré, que la víspera de darme en Salamanca la orden de salir desterrado en el plazo de 24 horas tuve que prestar declaración ante el juez militar por mi discurso último de *El Sitio* y se me preguntó si al hablar de alguien que había sido perseguido y calumniado por rescatar cautivos me refería a usted.

Y me preguntaron otras inepticias. Me tiene aquí confinado, sin dejarme salir del hotel. No sé cuando me mandarán a Fuerteventura ni si me mandarán. Pero estoy dispuesto a no continuar viaje con mis recursos. Que me lleven preso y aun atado. Me suspenden de sueldo, no puedo escribir como antes; me quitan los recursos con que sostengo a mi mujer y mis hijos—otros dos se valen ya por sí—y encima quieren que haga lo que puede hacer el Marqués de Cortina.

A éste se le dejó libre, realizó con su mujer un viaje de recreo a las Palmas y con el pretexto de que se le necesitaba para negocios de Estado y no sé si otros se le dejó volver. El Marqués es muy rico y por rico

se le trata así, yo soy pobre, pues pobre es, el que no tiene otro capital que su trabajo, por mucho que éste le dé, y por pobre se me trata de otro modo.

Es que este que llaman nuevo régimen, consorcio de sacristía y prostíbulo, que parece presidir un sagrado corazón castrense del lupanar—la cámara que rodea al Primo sirve malas pasiones de D. Alfonso.

Mucho le agradezco su carta y sus ofertas. Por ahora mi familia y yo no necesitamos otra cosa que el apoyo moral de los ciudadanos honrados para que triunfe la libertad civil y la justicia, pero si llegase el caso de necesitar sus ofertas las aceptaría. Ni al Directorio ni al Rey acudiría pidiendo nada y menos mi perdón de delito; eso sería pedir limosna y no quiero limosna de ninguna clase. Lo que usted me ofrece, amigo mío, con el corazón que heredó de su padre, es pagarme los servicios que llevo hechos a la causa que él, unido algún tiempo con el mío, defendieron. Si sus espíritus viven, de algún modo, en alguna parte y se comunican, se estremecerán juntos.

Salí de Salamanca condenado sin proceso el día 21 de este mes de febrero, a los cincuenta años justos del día en que vi estallar junto a mi casa, la tercera bomba que cayó sobre nuestra invicta villa. Dios sabe si el dos de mayo, después de mi bombardeo, podré ir libre a celebrar a nuestro Bilbao la liberación civil de España y el triunfo de la justicia. Le estrecha la mano, con una en la que hay alguna lágrima, su amigo por herencia y por afecto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Cádiz, 25-2-924.

(*España Nueva*, Habana).

El Profesor español don Américo Castro, explica el caso Unamuno

«Yo recibí en Buenos Aires una copia a máquina de una carta, sin firma y sin expresión de la persona a quien iba dirigida. La carta en cuestión fué conocida entre un círculo pequeño de amigos, sin que nadie, al parecer, tuviese intención de dar al público lo que había sido escrito para ser leído en la intimidad. Pero he aquí que un médico amigo nuestro, catalán por cierto, cuyo padre había sido encarcelado en Barcelona por sus opiniones catalanistas, influido por el estado pasional que en él produjo aquella desgracia de familia, comunicó la carta a la prensa.

«¿Quién iba a pensar que una revista como *Nosotros*, dirigida por mi buen amigo Julio Noé, iba a reproducir dicha carta, sin hablar conmigo, y sin tener en cuenta lo que yo decía

en *La Vanguardia* al día siguiente de salir aquella impresa? (1)

«Salí de Buenos Aires el día 3 de enero. Pensaba que nada tendría que temer Unamuno habiéndose hecho silencio en torno al asunto; más he aquí que en el mes de marzo último me entero de que aquella carta (que nadie, después de todo, tenía derecho a atribuir al rector de Salamanca, ya que no estaba firmada ni escrita de su letra) había sido impresa en *Nosotros* y reproducida luego en Madrid en millares de copias. La maniobra era poco airosa por parte de quienes hicieron esto en Madrid, porque no creo legítimo desfogar el descontento contra el Directorio utilizando como medio la

(1) Véase tal carta en el REPERTORIO número 23 del tomo 7.

venerable personalidad de Unamuno, la figura más hondamente representativa del alma española, tanto en Europa como en América.

»Espero hacer llegar estas manifestaciones más a España, donde la censura no deja decir lo que uno necesitaría comunicar al público. Pienso asimismo volver a la patria en cuanto haya cumplido compromisos ineludibles contraídos con las Universidades de Columbia y de San Juan de Puerto Rico, a fin de poder hacer frente a las responsabilidades que pudieren derivarse de lo que califico de imprudencia grave por mi parte. Dicha carta no debió salir de mi bolsillo. Si se deduce culpa de su publicación el Gobierno deberá proceder contra quienes no mantuvieron secreto lo que se escribió para ser leído en secreto, no contra el hombre sabio y bueno, la más clara honra que España puede hoy mostrar a los otros países».

(La Nueva Democracia, Nueva York).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega..... € 0.50
El tomo (24 entregas) 12.00
El tomo (para el exterior) ... \$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos
(4 inserciones)..... 20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
Precio de cada serie > 2.50

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORRICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

